

# ¡Devuélveme mi cerebro!

Israel  
Campos

Ilustraciones  
Sònia  
Albert





1

## Crónica de una suerte muy mala

—¡Ouch! —se le escapó a Santi. Y toda la clase de 5.º A lo miró.

Y es que Diana, la profesora, había leído en voz alta las parejas que había formado para hacer un trabajo de Lengua. Además, la cosa no era muy fácil: como estaban estudiando los textos literarios, tendrían que inventar uno, con planteamiento, nudo, desenlace, diálogos y, de remate, un buen dibujo. Vamos, todo un reto.

Santi esperaba que le tocara con alguno de sus amigos y lo tenía todo planeado. Primero,

merendarían. Después, sesión de videojuegos; así calentarían los dedos para que no doliesen al usar el bolígrafo. Luego, una buena película. Y, después, harían el trabajo. Así, con tranquilidad.

Pues no.

De todos, y eran veinticinco en la clase, le tuvo que tocar con ELLA.

Alba había llegado nueva aquel curso. Diez en todo. Y porque no se podía sacar un veinticuatro. Un ocho en Lengua, un prodigio en Ciencias, un lince en Matemáticas. Seguro que con ella nada de meriendas ni de videojuegos ni de películas. Querría hacer el trabajo perfecto con total perfección, sin tomarse ni un pequeño descanso.

Y, para colmo, de todas las casas del pueblo, las suyas eran vecinas. No es que ellos vivieran en la misma calle, no. Puerta con puerta, pared con pared, chalet con chalet. Ella, su padre y el perro, que seguro que sería muy listo y sacaría dieces perrunos.

¡También era mala suerte!

—Y es injusto, superinjusto... ¡Yo creo que hasta es ilegal! —decía Santi muy enfadado. Su

madre, Isa, lo escuchaba mientras se preparaba un café.— ¡Estoy seguro de que la profe lo ha hecho aposta! ¡Qué manía me tiene!

—Sí, hombre, sí. La profesora no tiene otra cosa que hacer que odiarte y hacerte la vida imposible. Claro, claro.

—Pero ¿por qué ella? ¿Por qué me ha tenido que tocar con doña Sabelotodo?

—¿Y qué hay de malo en eso? —preguntó Isa dando un sorbo al café—. ¡Mejor así! ¿De qué te quejas? Tienes de pareja a la más lista de la clase. ¡Pues mejor! A ver si se te pega algo y dejas de quejarte, don Quejote de la Mancha.

Isa tenía una habilidad, una especie de superpoder raro que ponía a Santi de los nervios: inventarse motes absurdos. Una vez que estaba medio dormido, lo llamó Peter Empanado y, otra, cuando estaba merendando porque tenía mucha hambre, Iron Mandíbulas.

—Mamá —dijo Santi muy serio—, te has aliado con el enemigo. Que lo sepas.

—Sí, hombre, sí. Por cierto, el padre de Alba es profesor o algo así, ¿verdad?

—Algo de eso. Otro cerebritito como ella. Vamos, un tipo muy raro. Tiene cara de loco.

Seguro que hasta el perro ese que tienen que mira como si fuese a llorar es también un prodigio.

–Se llaman «sabuesos». O *basset hound*, creo. Mira; se me ha ocurrido que, ya que vais a trabajar juntos, estaría bien invitarlo a un café, que para eso somos vecinos.

Santi abrió unos ojos como platos.

–Mamá, te has pasado al lado oscuro. Pero oscuro que no veas.

–Pues a ver si lo lavas con lejía y se queda más blanco.

Santi no pudo contestar a aquello. Era imposible.

–Me voy al jardín.

–Vale. Cuidado, que acabo de regar un poco. Y, si ves a tu amiguita, no seas borrico y salúdala.

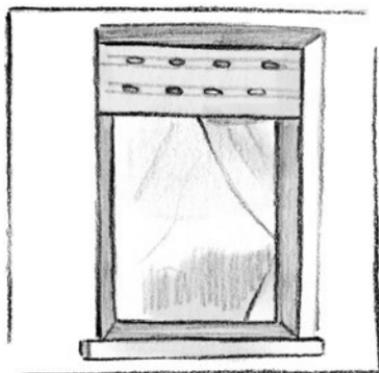
Santi, apretando los dientes, salió al jardín. Su madre tenía un poder mutante para neutralizar cualquier tipo de respuesta.

Entonces, se fijó en su viejo balón.

Y le dio una buena patada.

¡Ciiiinc!

¡La ventana de la casa de al lado se hizo añicos!



## 2

### Una conversación rara

–¿Que has hecho... qué? –preguntó Isa.  
Y casi se le cayó la taza de café.

–Ha sido un accidente, mamá –se disculpó  
Santi–. De hecho, yo no apunté y...

–No, si ahora la culpa es del balón, señor don  
Patadón. Vamos, que te toca pedir disculpas.

Santi no tenía escapatoria y, en menos de un  
minuto, estaban tocando el timbre de al lado.

Alba abrió la puerta.

–Hola, cielo –saludó Isa–. ¿Está tu padre?  
Venimos por lo de la ventana.

–¿Has... sido... tú? –preguntó Alba, con un susurro. La verdad, estaba un poco pálida.

–Sí, hija, sí. Aquí, don Penalti, ha tenido la culpa. ¿Está tu padre por ahí?

Alba miró al interior de la casa.

–Es que...

En ese momento, se oyeron unos pasos muy rápidos. El padre de Alba apareció por el pasillo, se detuvo en seco y de pronto...

... ¡Fue a toda velocidad directo a hacia la puerta!

Alba lo agarró por el brazo y casi perdió el equilibrio. Su padre tenía una expresión rara, los pelos alborotados y, como siempre, barba de varios días. Pero, en esa ocasión, parecía más despeinado y todavía más despistado. Más aún cuando se rascó su oreja con una mano con todas sus fuerzas.

–¡Hola, Mauri! –lo saludó Isa–. ¿Qué tal? ¡Oh, no sabes cómo siento lo de la ventana!

–¿Mmpgr? –preguntó Mauri.

–Mi hijo tiene algo que decir, ¿verdad que sí, Santi? –le preguntó Isa con ojos de bruja malvada.

–Este... Perdón por romperle la ventana –susurró Santi.

–Ventanaaaarggggh –soltó Mauri. Pero no se le veía enfadado. Seguía con aquella expresión rara en la cara.

–Por supuesto, te pagaré todos los destrozos –siguió Isa–. Espero que no hayan sido muchos. ¡Dichoso fútbol! De verdad que no me gusta nada. ¿Por qué los chicos no jugarán a algo más tranquilo? No sé, al ajedrez, al escondite o a las canicas.

–¡Fútboool! –repitió Mauri.

–Papá –intervino Alba–, vamos, que tenemos que terminar de hacer... ESO.

Mauri se puso a oler el aire con mucha fuerza.

–¿Estás bien, vecino? –le preguntó Isa.

–¡Snifs, snifs, snifs! –olfateaba Mauri. Era como si le importasen un comino la conversación, los vecinos y su hija, que, esta vez, estaba roja como un tomate.

–Es que está algo cansado –dijo Alba–. Mucho trabajo.

–Ah.

–Trabajooo –soltó Mauri.

–Y, hablando de trabajo –siguió Isa–, Santi está contentísimo de tenerte de compañera. –Santi casi se atraganta–. Cuando quieras, te pasas por casa. Por cierto, ¿dónde está el perrito?

—¡Durmiendo! —soltó Alba de sopetón.

—¡Dumiendooo! —repitió Mauri—. ¡Snif, snif, snif!

Entonces, un pájaro se posó en el suelo a escasos metros de ellos.

Y Mauri se lanzó hacia él y comenzó a perseguirlo mientras el pobre pájaro revoloteaba para quitárselo de encima.

Isa y Santi lo miraban sin decir palabra.

—Es que... le encantan los pájaros —dijo Alba con una sonrisa un poco forzada—. ¡Papá!

Mauri seguía a lo suyo, es decir, tratando de hacerse con el pájaro. Y, a juzgar por su sonrisa y expresión, se lo estaba pasando en grande.

—¡Ringo! —gritó Alba.

Mauri se detuvo y miró a Alba. Entonces, pareció olvidarse del pájaro y, con aquella expresión rara, entró en la casa.

—Es que... vamos a despertar a Ringo, nuestro perro —dijo Alba muy rápido—, que, si no, nos da la noche. ¡Adiós!

Y cerró la puerta.

—¿Ves lo que has hecho? —preguntó Isa a Santi—. El pobre hombre, del susto que se habrá llevado, no podía ni hablar. ¡Castigado sin balón!

